

Alfonso Múnera, *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano*, Bogotá, Planeta, 2005, 225 páginas.

Una de las variaciones historiográficas más importantes dentro de los estudios históricos en los últimos años ha sido la de explorar la compleja relación existente entre las variables de raza y nación. Desde el Caribe colombiano el historiador que más ha insistido en la importancia metodológica de abordar parte de la historia nacional a partir de estas dos categorías ha sido Alfonso Múnera. En su texto *El Fracaso de la Nación. Región, raza y clase en el Caribe colombiano (1717-1810)*, develó los conflictos socio-raciales que se pusieron en escena en la consecución de la independencia y su correlativo proceso de construcción de la nación, al tiempo que subrayó el papel definitivo jugado por los sectores mulatos y negros libres en la defensa del concepto de ciudadanía y en general del ideario republicano.

Este texto que abarca buena parte del siglo XVIII y la primera década del XIX, lo complementa el profesor Múnera con su nueva aproximación a la conformación del proyecto nacional a partir de lo que el denomina la construcción de las razas y la geografía en el siglo XIX colombiano. Una de las preocupaciones centrales que trata de mostrarnos el historiador Alfonso Múnera es la escasa atención que se presta por parte de muchos historiadores -regionales y nacionales- a la historia política y, en especial, a estudios que ubiquen el tema racial como un aspecto determinante en los procesos acaecidos en el siglo XIX en Colombia. No obstante, dice el autor, en los últimos diez años la manera de contar la historia de Colombia ha cambiado radicalmente. Una forma de abordarla ha sido colocar en el centro de sus investigaciones el papel activo de los grupos subalternos en la formación de la nación, sus relaciones con las élites, sus conflictos internos, la heterogeneidad de sus territorios y de sus culturas, etc. Muestra de ello son los trabajos de Mary Roldán, Nancy Appelbaum, Claudia Steiner, Brooke Larson, Cristina Rojas y en esa misma línea la obra de Alfonso Múnera, quien ve en estos autores algo novedoso: “es que renuncian a seguir mirando la nación como una unidad homogénea y acabada, y por el contrario lo hacen desde sus fragmentos heterogéneos, sin ignorar que no solo es la nación la que está inacabada, sino que sus mismos fragmentos se construyen y reconstruyen en un proceso que en últimas esconde las claves mismas de la formación de la nación colombiana” (p. 18).

En el libro *Fronteras imaginadas* podemos ver cómo se teje toda su obra a partir de dos ejes fundamentales. El primero es la intrínseca relación que existe entre los discursos de las élites criollas colombianas que se inicia en el siglo XVIII y se consolida en el XIX sobre raza y geografía humana con la construcción de la nación; y el segundo, tiene que ver con la participación de los grupos subalternos (negros, mulatos, indios, mestizos, etc.) en la construcción de este proyecto nacional.

Gracias a estas dos perspectivas que Múnera menciona en su libro, -las cuales atraviesan los seis ensayos que lo conforman- hemos podido entender con más elementos de juicio los procesos y las dinámicas que se tejieron en todo el siglo XIX. Este siglo que se caracteriza por la aparición de los grandes discursos que intelectuales criollos de la época lograban publicar y ser leídos por una minoría de letrados, fueron los que en últimas configuraron las imágenes que los colombianos tenían sobre sus regiones y sus pobladores, la valoración de sus geografías y de sus razas. Es preciso aclarar que estas ideas en torno a la nación, a la geografía y a las gentes que la habitaban no se construyen a mediados del siglo XIX, sino que desde la colonia tardía en pensadores como José Ignacio de Pombo y Francisco José de Caldas, la nación comienza a prefigurarse conformada por una geografía fragmentada y habitada por razas diversas. Como bien lo sugiere Múnera: “...detrás de la obsesión temprana de Caldas y de Pombo por elaborar el mapa y la carta geográfica del virreinato, por describir lo más minuciosamente posible su geografía ignorada, se escondía una finalidad que iba más allá del simple propósito de volverla económicamente productiva” (p. 69).

Pombo, -quien sería el comerciante mas acaudalado por mucho tiempo de la Nueva Granada, y el cerebro del Consulado de Comercio de Cartagena, órgano que representaba los ideales de la élites del puerto- buscó a través de esta institución promover el crecimiento de la agricultura y del comercio nacional. La creación de este organismo traería conflictos con los hacendados y comerciantes del interior y en especial los de Santa Fe, pues se convertiría en una entidad autónoma, independiente de las autoridades del interior y con facultades para llevar a cabo las transformaciones y los ajustes necesarios para modernizar al virreinato. Para lograrlo propuso, entre muchas de sus reformas, una que a mi modo de ver fue muy importante por la época en que se escribía, crear una sociedad construida no sobre la base de una fuerza de trabajo sometida a la servidumbre- como sucedía en regiones del interior del país, el caso de Popayán que justificaban la esclavitud como la base de la economía- sino una sociedad cuyas columnas fuesen los pequeños productores independientes, dueños de la tierra y de sus instrumentos de trabajo. Si bien es cierto que Pombo fue un amante por las ideas modernas, un seguidor de pensadores de la talla de Adam Smith, y un obsesionado por el conocimiento de la geografía americana, no cabe duda que todas estas ideas “coexistían con la construcción de una imagen de la inmensa mayoría de sus habitantes como seres bárbaros y salvajes” (p. 65). En últimas, una imagen heredada de la tradición española que las élites regionales cartageneras reprodujeron a lo largo del siglo XIX y muy adentrado el XX, que sería en fin el mismo sentimiento de superioridad racial de las élites del centro andino.

Esta misma visión que Pombo tenía sobre la gente del común, finalizando el siglo XVIII, sería heredada por uno de sus más firmes compañeros Francisco José de Caldas y luego por toda una intelectualidad criolla del siglo XIX, el caso de José María Samper y su hermano, Salvador Camacho Roldán, entre otros. De Caldas a Samper como bien lo escribe Múnera se concibe “la geografía humana de la nación como escindida en dos grandes territorios: los Andes, habitados por las razas más civilizadas y superiores, y las costas, las tierras ardientes, las selvas, los grandes llanos, habitados por las razas incivilizadas e inferiores” (pp. 24-25). Para Caldas, quien se apoya

en las teorías deterministas de Buffon y Camper, la influencia del clima fue más determinante en el comportamiento de las razas, que en Samper. “Todo el esfuerzo de Caldas se concentró en probar que las cordilleras de los Andes estaban dotadas de manera natural para dar nacimiento a un hombre física, intelectual y moralmente igual al europeo, sin oponerse a las categorías sobre las cuales se construyó la inferioridad de lo americano desde Europa; por el contrario, utilizó estas categorías para introducir una variante: no los Andes, pero sí las tierras costeras y ardientes, llanos y selvas del nuevo mundo producían una naturaleza y unos seres humanos irremediablemente inferiores” (pp. 72-73).

Quizás esta forma de ver el mundo por parte de las elites andinas y en cierta medida por parte de las elites caribeñas tuvo repercusiones negativas en el destino de nuestra nación. En el ensayo *Panamá: la última frontera* veremos que las repercusiones negativas significaron la pérdida o separación de esta zona fronteriza, la cual era deseada por muchos imperios europeos y obviamente por el joven imperio estadounidense. Como se señala el autor la pérdida de Panamá se debió en primer lugar, como una expresión simbólica de la construcción de una nación imperial en Estados Unidos; y segundo, como una metáfora del fracaso en la construcción de la nación colombiana (p. 90). Varias razones explican que Estados Unidos tuviera como objetivo primordial este pedacito de tierra. Una de esas razones es que una vez ocupado Cuba y Puerto Rico en el Caribe, y tener a Guam y las Filipinas en el Pacífico oriental, el istmo, era el obstáculo para las comunicaciones y el control rápido de las nuevas posesiones. La segunda tiene que ver con la victoria sobre España, lo cual implicó que Estados Unidos abandonaran sus consideraciones aislacionistas y reconociera que sus intereses económicos estaban ligados en la búsqueda de nuevos mercados, por lo tanto la creación de canal interoceánico le daría cierta ventaja sobre Inglaterra y Francia en cuestiones de comunicación. Y en tercer lugar, la reformulación del concepto de frontera, ésta se convertiría en el laboratorio de la democracia que había formado el carácter de la nación, en particular, las virtudes del individualismo, del optimismo, de la creatividad, la desconfianza en la intervención del gobierno, en fin la frontera era el territorio a conquistar, además porque resultaba ser una alternativa a los miles de inmigrantes que llegaban cada año a tierras estadounidenses para los cuales la tierra era escasa, así que para los intereses económicos de muchos había que abrir y expandir las fronteras y no estar cerrada como sucedió en 1890.

Ahora bien, la separación de Panamá también se debió a otro hecho que como bien podríamos señalar es más significativo que el anterior. Si bien para Estados Unidos la frontera encarnaba un espacio en donde podía fortalecerse el progreso, la democracia, la iniciativa individual, para la élite colombiana la frontera significaba todo lo contrario de ahí el lamentable suceso de 1903. La élite intelectual colombiana con sus concepciones mentales heredadas de la colonia siempre quiso proponer un modelo de nación excluyente acorde a su condición de clase y a su posición geopolítica; como señala Múnera: “en efecto, la capital y otras pocas ciudades de los Andes funcionaban como centros simbólicos de una nación que había sido diseñada con los elementos de una tradición aristocrática y religiosa, pero por completo de espaldas a una geografía mundial que, paradójicamente, convertía en centros internacionales lo que los colombianos siempre tuvieron

como fronteras marginales y símbolos de lo inferior, tal como sucedería con Panamá” (p. 102). En resumidas cuentas la frontera era palabras mas o palabras menos un territorio lleno de seres bárbaros y salvajes que no representaban la esencia del hombre civilizado europeo que las elites deseaban construir o creían ellos que eran, cosa que si podía esperarse en los individuos que habitaban el territorio de los Andes. Sin embargo, hay que agregarle a todo estas estructuras mentales excluyentes construidas por la arrogancia de algunos de nuestros mas influyentes pensadores, el hecho de que Panamá desde el mismo momento en que se separó de España, y a lo largo de todo el siglo XIX, se caracterizo por una historia política cuya norma era su disposición para la independencia; eran comunes los intentos de Panamá por recobrar su independencia de Colombia sustentados por lo general “...en sus reclamos por la indiferencia del Estado central hacia ellos” (p. 121). La élite criolla panameña –que compartía los prejuicios racistas contra negros e indios- también apoyaron esos intentos de separación, sobre la base de no estar dispuestos a aceptar la hegemonía de un centro andino, y menos aun la imagen de una nación en la que ellos eran símbolo de atraso y de lo inferior, sabiendo que su posición geográfica la convertía en el centro del mundo y una de las regiones mas propensas al progreso y al desarrollo moderno.

Otro de los temas que señala Múnera en su obra no se aparta de las consideraciones anotadas anteriormente. El mestizaje, como señala el autor: “...más que una realidad acabada, fue un proyecto central del siglo XIX, asociado al tipo de nación que la élite criolla quería construir” (p.135). Así el mestizaje presupone, dentro de los valores de nuestra identidad dominante, el blanqueamiento y el único camino para tener oportunidades es blanquearse no solo genética sino también culturalmente. De modo que el ser mestizo es una concesión al esfuerzo de las elites criollas por blanquear al país, o “mejorar” la raza, lo que ha contribuido a hacer invisibles a los negros y a los indígenas.

En esa misma dirección fue abordado una de las figuras populares más emblemáticas de la gesta independentista. Me refiero a Pedro Romero, a quien se le ha querido negar por parte de los intelectuales su condición de artesano, mulato y de origen humilde; al parecer no se concibe que una persona con estas connotaciones pudiera llevar a cabo un movimiento revolucionario movido por sus propios intereses y menos aun defendiendo los sectores populares y, en ese sentido han pretendido “desvirtuar el contenido racial y popular del movimiento de independencia de Cartagena de Indias, por medio de la simple operación de desaparecer la condición de mulato y de artesano de su máximo dirigente” (p. 159).

*Alex Javier Turizo España*  
Filósofo.  
Estudiante  
Maestría en Historia